

El joven médico aprendiz de escritor

Jaime Locutura*

El joven escritor, decía Stevenson, ha de ser sobre todo un simio diligente. Se aprende a escribir como se aprende a hablar o a caminar: fijándose y copiando con determinación y con paciencia, igual que copiaban estatuas clásicas los antiguos aprendices de pintores.

Antonio Muñoz Molina, Pura alegría¹

Surgió un problema cuando, al final de su segundo año de residencia, realizó con otros dos compañeros y un adjunto su primer trabajo de investigación. Había que redactar el artículo en el que daban cuenta del estudio, para enviarlo a una revista «de prestigio», y nadie quería esa tarea. Recordó que en el bachillerato había obtenido puntuaciones excelentes en lengua y filosofía, hasta el punto de que su profesor de letras le había recomendado se dedicara a la literatura; en algo le había hecho caso, ya que durante la carrera había tenido tiempo para escribir algún cuento. Un par de ellos obtuvieron premios en certámenes literarios. Incluso, en la entrega de uno de ellos, el académico A. M. M. le dedicó unas cálidas palabras. No lo dudó: se haría cargo de la redacción del artículo. Su pluma había perdido algo de fluidez pero no le costó mucho, y tuvo buen cuidado de seguir escrupulosamente las normas de la revista en cuanto a las formas: reglas IMRYD, extensión, citas y demás.

Al entregar el manuscrito a su adjunto vio que su gesto se volvía torvo al leer las primeras frases: «Queremos sugerir una pauta de tratamiento para la enfermedad X. Esta pauta tiene nuevos rasgos que son de un interés considerable». Al día siguiente el saludo que recibió fue: «¿Tú estás loco, o qué?». A continuación vinieron una serie de recriminaciones sobre su manera de escribir; le dolió especialmente que se ensañaran con un párrafo que a él le había parecido un hallazgo: «Ahora debemos considerar cuidadosamente que una descripción de este tipo no tiene significado a menos que seamos bastante claros

con lo que entendemos por tiempo de curación. Debemos tener en cuenta que todos nuestros juicios en los que el tiempo entra a formar parte son siempre juicios relativos». Tras recordarle que la verdadera ciencia es impersonal, que el autor es lo de menos, y que fuera concreto y conciso, le dijeron que volviera a escribir el artículo con la ayuda del residente de último año. La versión final enviada a la revista comenzaba de esta guisa: «La enfermedad X está presente en todo el mundo, habiéndose propuesto diversos tratamientos». El apartado de material y métodos se iniciaba con «se diseñó un estudio randomizado...», sin hacer caso de su alegato de que el estudio lo habían diseñado ellos y no «se» y que existen bellas palabras españolas como *aleatorio* o *estocástico*; lo mismo ocurrió al hablar del método estadístico, que se aplicaba él solo. En la conclusión logró introducir la expresión «creemos que son necesarios nuevos estudios que confirmen los resultados del presente trabajo». Para la escritura de sus siguientes artículos aplicó el mismo molde y ya no tuvo ningún problema.

Sigue diciendo Antonio Muñoz Molina:¹ «Pues no basta con ser un simio diligente: también hay que ser un simio agradecido, y darse cuenta de que el estilo no es un sistema de guiños, de adornos y de costumbres verbales, sino un ejercicio desvelado y continuo de naturalidad, de valentía y vigilancia. Desvelo y naturalidad para saber qué es lo que tiene uno que decir y decirlo con las únicas palabras posibles, para no impostar ni engolar la propia voz. Valentía para saber perderse en las incitaciones que parecen contener en sí mismas las palabras [...] para atreverse a no fingir, a no mirar de soslayo hacia el público o hacia los críticos, para no rendirnos a la rutina de los caminos ya pisados muchas veces. Vigilancia para que las palabras muertas no contaminen nuestra voz, para que esa literatura residual que circula por el aire como los gases tóxicos no se introduzca en el fluido de nuestra escritura».

Nota: Las primeras frases del artículo original de nuestro residente corresponden, con un cambio de dos

¹Sección de Medicina Interna. Hospital General Yagüe, Burgos (España). Dirección para correspondencia: locutura@hgy.es.

palabras pero respetando plenamente su estructura, al artículo original de Watson y Crick en el que notificaban el descubrimiento del ADN.² El segundo extracto está sacado del primer artículo de Albert Einstein sobre la teoría de la relatividad.³

Bibliografía

1. Muñoz Molina A. Pura alegría. Madrid: Alfaguara; 1999.

2. Watson JD, Crick FHC. Molecular structure of nucleic acids: a structure for deoxyribose nucleic acid. Nature 1953; 171: 737-738.

3. Einstein A. The principle of relativity: a collection of original memoirs on the special and general theory of relativity. Nueva York: Dover; 1952; 37-38. Citado en: Locke D. La ciencia como escritura. Madrid: Cátedra; 1997; 147.

Palabras para un mundo e María del Carmen Ugarte García

Informática. Madrid (España)

Primero fue el *e-mail*, y frente a este neologismo utilizado la mayor parte de las veces sin la menor adaptación a nuestro idioma, surgieron distintas propuestas de castellanización.

Convendría recordar, sirviéndonos de este popular ejemplo, que esa forma es ya en inglés el resultado de una abreviación a la que se superpone a veces una elipsis, como en *e[lectronic]-mail [message]*, pero ello no es óbice para que el mundo anglosajón del marketing haya creado toda una serie de neologismos mediante el prefijo *e-*, con el que pretende hacer referencia a una serie de actividades que antes se desarrollaban en otras áreas y que ahora se desarrollan mayormente en Internet y en especial en la Web. Encontramos así palabras tales como *e-commerce*, pero también *e-learning*, *e-security*, por no hablar del amplio *e-world*; todo eso sin nombrar las numerosas herramientas (*e-tools*), en las que podríamos encuadrar el mencionado *e-mail*, o los nuevos objetos, como los *e-books*.

En muchos de estos casos, a la hora de castellanizar el término hemos optado por traducir el prefijo *e-* simplemente por *electrónico*, siguiendo una vez más la pauta marcada por el *e-mail* (aunque a juicio de algunos tampoco fue una traducción feliz), y así hablamos de *comercio electrónico* o incluso de *libros electrónicos* haciendo referencia tanto a los libros en sí como a las herramientas que nos permiten su lectura; sin embargo, no parece que el adjetivo *electrónico* se adapte a conceptos como el de la enseñanza o la seguridad, ya que *seguridad electrónica* es claramente otra cosa, es decir, la seguridad conseguida a través de la electrónica, no la seguridad en un mundo *electrónico*. En muchos casos se ha preferido la importación del anglicismo incluso en estado puro: *e-business*, *e-learning*; o como mucho el calco, conservando la morfología anglosajona: *e-comercio*, *e-libros*, *e-formación...*; en definitiva, todo un *e-mundo* de nuevas *e-palabras*.

Y si ese mundo que gira alrededor de la letra *e* significa tanto que es difícil de traducir, ¿por qué no adoptarlo también en castellano pero a nuestro modo? Es decir, no como prefijo, que no tiene tradición en nuestra lengua, sino pospuesto, aunque tengamos que pasar por un guión intermedio en palabras como *correo-e*, tampoco muy tradicionales en el español. Por este camino ha optado el proyecto LUCAS (Linux en castellano; <<http://lucas.hispalinux.es/>>), que utiliza en su documentación interna palabras como *documento-e*, *libro-e*, *impresor-e...*, y en esa línea parecen sentirse bastante cómodos.

Pero todavía podríamos intentar un paso más y suprimir ese guión. Tendríamos así, sencillamente, un *mundo e*. ¿Y si nos atreviéramos?

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).